

LA BENDICIÓN DE LOS CAMPOS: ORIGEN Y PERVIVENCIA

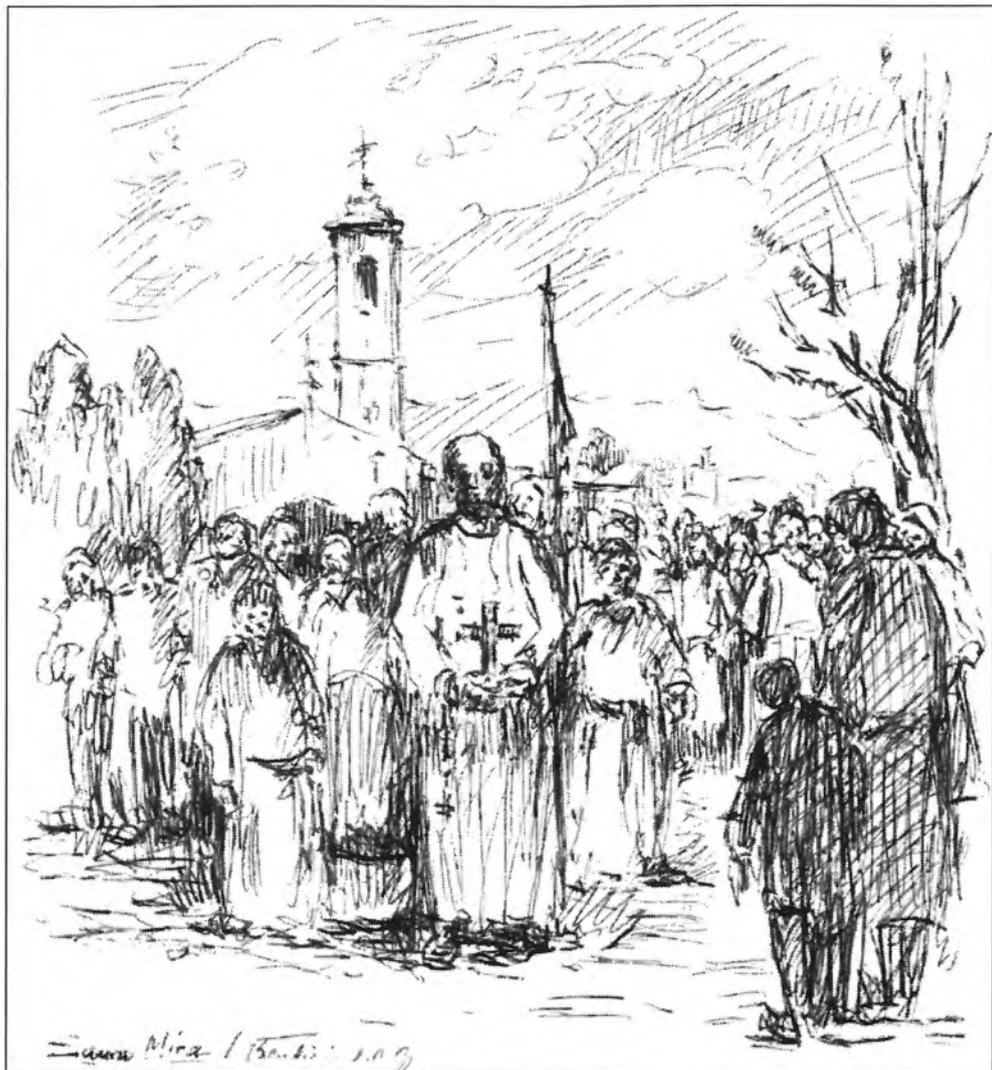
*“Señor, Padre Nuestro,
que mandaste al hombre
que guardara y cultivara la tierra,
te suplicamos con humildad
que nos concedas siempre cosechas abundantes,
des fertilidad a nuestros sembrados,
y alejando de nuestros campos la tormenta y el granizo
las semillas puedan germinar con abundancia.
Por Jesucristo, nuestro Señor.
Amén.”* (Oración de bendición)

EN la lucha ancestral entre el hombre y los elementos, la magia y las creencias religiosas han jugado un papel primordial como aliadas del ser humano, máxime cuando este se hace sedentario y productor de sus propios alimentos durante el período Neolítico (considerado como la primera gran revolución de la humanidad por el insigne teórico de la arqueología V. Gordon Childe) y necesita salvaguardar el fruto de su trabajo de las inclemencias del medio. De esta manera surgen infinidad de deidades, como las diosas-madre tan extendidas en la cuenca mediterránea, y ritos orientados a propiciar la fertilidad de los campos y del ganado protegiéndolos de las inundaciones, la sequía, el granizo, las plagas, las epidemias, etc... Todos estos ritos serán sustituidos, no sin reticencias¹ por la fórmula cristiana de la bendición de los campos, en origen de inspiración judía o paulina como la recogida de las cartas de Ignacio de Antioquía. Pero ¿por qué cauces llega esta concepción judeo-cristiana

de la bendición de los campos a nuestra región?, región de base eminentemente agrícola y más castigada que otras zonas en lo referente a inundaciones, sequías, etc... ¿cuál es el origen y el significado último de la bendición? El intentar dar respuesta a estas interrogantes será el objetivo principal de este artículo.

El concepto de bendición parte de la premisa de considerar a la vida como algo sustancial, como algo parecido al maná de ciertos pueblos primitivos. Esa energía vital sintetiza todo lo que hay de grande, poderoso, próspero y feliz y esta concentrada en la divinidad que la puede transmitir a otros seres. La germinación, crecimiento y fructificación de las plantas, el nacimiento, fuerza dominadora, y sobre todo, la potencia creadora de animales y hombres, son múltiples manifestaciones de esa energía vital. En la transmisión de esa fuerza de un ser a otro es donde reside la esencia de toda bendición y como esa fuerza es concebida como algo sustancial lógicamente quien la transmite pierde algo de lo que existía en él; por eso toda bendición exige reciprocidad. La divinidad bendice sembrados y animales, el hombre puede bendecir pero la fuente de toda bendición es Dios de ahí su carácter no mágico, y, a cambio el hombre de-

1 La pervivencia de antiguos ritos más o menos explícitos, relacionados con la fertilidad de campos, animales y hombres se da en numerosas regiones. Ej.: la danza del poste de mayo que ha pasado a formar parte del folklore británico.



La bendición de los Campos.

vuelve a Dios, mediante el sacrificio lo mejor que tiene, esto es las primicias de los campos y de los rebaños (así los laboriosos agricultores de la huerta murciana entregaban, en un acto de sincera ofrenda, los primeros frutos de sus tierras a Dios en la iglesia de San Cayetano en esa

atalaya preñada de historia que conocemos con el nombre de Montegudo) y en algunas antiguas religiones a sus propios hijos. Ej.: la costumbre púnica al respecto es bien significativa al igual que el pasaje bíblico del sacrificio de Isaac.

En cuanto al vocablo bendición dire-

mos que hunde sus raíces en el Creciente Fértil, allí donde las investigaciones sitúan las primeras domesticaciones de animales y plantas. De tal manera, en el Antiguo Testamento aparece, junto a otros verbos sinónimos, el término “barak”: bendición² como una confesión pública del poder y generosidad de Dios, como un favor concedido por Dios al hombre atribuyéndole buena suerte. Este sentido cambiará con el advenimiento de Cristo. INCISO: Según Otto Skrzypczak, la palabra latina *bene-dictio*, con el significado de bendición, se encuentra solamente en el vocabulario bíblico-eclesiástico y no en el clásico y lo mismo ocurre con la palabra griega *eulogía*. Pero lo anteriormente enunciado no nos debe conducir a engaño pues la bendición de los campos era algo habitual en la Grecia Clásica y los romanos poseían una serie de fórmulas propiciatorias de la salud, la vida, la felicidad y la fortuna que se acercan a nuestro concepto de la bendición. Una de estas fórmulas era la curiosa costumbre de introducir piedras en el Tíber para provocar la lluvia. ¿Cómo no encontrar ciertas semejanzas con las rogativas cristianas de las que tanto saben las reseca tierras de Andalucía y Murcia? ¿Acaso no se sumerge el manto de la Virgen en agua en un ritual implícitamente impregnado de una magia simpática cuyo origen se pierde en las cavernas, en los albores del hombre? En el Nuevo Testamento Cristo es en sí mismo la suprema bendición y su Iglesia ha recibido la facultad de bendecir en la medida en que le ha otorgado el Espíritu Santo con sus dones de regeneración, fecundidad, vida, paz,

2 Baraka en árabe, brk en úgarítico, karabú en acádico, babilónico, etc.

alegría y unidad. La bendición es, como la define Ambrosio (PL 14,707): “*santificationis et gratiarum votiva collatio*”. Esta idea con la difusión del cristianismo llegará a Hispania y por consiguiente a nuestra región, que según los hallazgos arqueológicos se vio tempranamente evangelizada por un cristianismo de influencias africanas que bien pudo llegar por el puerto de Cartago-Nova. La bendición cristiana de los campos, cuyas fórmulas más antiguas las encontramos en las “*Traditio Apostolicas*” de Hipólito, pronto chocaría con la concepción de este rito que tenían las comunidades hebreas asentadas en Hispania y que era respetada por su antigüedad y por la fama de magos y curanderos que rodeaba a los judíos. Prueba de ello son las actas del “*Concilio de Elvira*” (actual Granada, la *Iliberis romana*) fechable a inicios del siglo IV d.C. y que nos sirve para afirmar la existencia de fuertes y dinámicas comunidades cristianas³ en nuestra provincia que con rapidez aceptaron la idea de bendecir sus campos, así en el cánón 49⁴ del sínodo se intenta poner freno a la costumbre, ya citada, por la cual fieles de la religión de Moisés, posiblemente poseedores o clérigos bendecían los frutos de los fieles cristianos, lo que resultaba atentatorio al prestigio de la bendición cristiana, la cual debió de encontrar una acogida favorable en una población campesina, si bien hay que recalcar que el cristianismo fue en sus ini-

3 Representaciones en el C. de Elvira por el obispo Suceso y su presbítero Benaro de la sede de Eliocrota (Lorca) y por el presbítero Eutiques.

4 “*Amonéstese a los dueños de las heredades que permitan el que los frutos, que reciben de Dios, sean bendecidos con acción de gracias, por los judíos, a fin de que no hagan nuestra bendición irrita y frustránea*”.

cios un fenómeno netamente urbano frente a un campo pagano y retardatario (el campo ha sido siempre, por principio, conservador frente a las innovaciones ciudadanas), que luchaba por arrancar los frutos a una tierra muchas veces ingrata y que sufría, en tiempos del Concilio de Elvira, las consecuencias de la crisis del siglo III d.C. a saber: el aumento del fenómeno latifundista (Ej. algunas villas ricas destinadas a la agricultura, como la de "Los Torrejones en Yecla", siguen activas hasta la 2ª mitad del siglo IV d.C.) el colonato y la decadencia de las ciudades. Los frutos a bendecir en esta época eran los que invariablemente se han ido cultivando desde tiempos remotos hasta la actualidad en nuestros campos y huertas. Destaca en primer lugar la trilogía mediterránea del trigo, la vid y el olivo junto a la higuera que configuran el paisaje de secano de nuestra comunidad. Junto a estos aparecían los típicos productos de regadío, cultivados en pequeños huertos próximos a los cursos de agua como el Thader (Theodorus-Segura) donde la construcción de canales y obras de regadío estaban muy extendidas, según atestiguan los cronistas árabes que observaron sus restos. En dichos huertos se cultivaba la alcachofa, cuyas excelencias gastronómicas recoge Plinio en su *Hª Natural*, las habas, las judías y una importante variedad de árboles frutales. Especial interés merece la floricultura entre la que destacaba la rosa temprana que crecía en los alrededores de Cartago-Nova.

El rito de la bendición de los campos permaneció en nuestra región a través de los tiempos, sufriendo cambios en la forma (aunque conservando rasgos arcaicos en muchos casos) pero no en el fondo. Sólo muy recientemente, cuando nues-

tros campesinos abandonan sus formas tradicionales de vida inmersas en una sociedad que podíamos calificar del "Antiguo Régimen" para entrar de lleno en la modernidad y el agricultor sustituye la fe por la razón y por los avances de la ciencia, la bendición entra en crisis. A lo anteriormente comentado se une el creciente desconocimiento entre las nuevas generaciones de sacerdotes de la liturgia referente a la bendición de los campos debido, en parte, a la falta de la demanda. En este sentido resulta revelador el caso reciente de una señora de la pedanía molinense de Los Valientes que al inaugurar⁵ unos invernaderos, la bendición de los campos era muy requerida cuando se hacía una plantación potente de vid u olivos por ejemplo, requirió, según cuenta Jesús Lozano "Correal", sacristán de la Iglesia de la Merced, sita en la citada pedanía, la presencia de un sacerdote para que los bendijera sin que éste, llegado el momento conociera los pasos necesarios para la celebración de dicho ritual. No obstante aún se conserva (la bendición de los campos) en muchos rincones privilegiados de nuestra geografía, allí donde perviven rasgos privilegiados de la vida rural. Citaré dos ejemplos que juzgo significativos: En la pedanía de Molina de Segura, conocida como EL RELLANO, una aldea de apenas setenta habitantes dedicados a la ganadería y al cultivo de los productos de secano, durante la festividad de la Cruz y siguiendo una antigua tradición (INCISO: Debo aclarar que el

5 El término para el vocablo inaugurar referido a una casa, nave o como en estos casos un invernadero es el de Majasiega que suele ir acompañado por la tradicional matanza del cerdo y sobre el que Plantó, cronista de la huerta, prepara un futuro artículo.

rito puede emplearse en aquellas ocasiones más adecuadas de la vida agrícola, por ejemplo durante la siembra, o bien en fechas señaladas del santoral como el día de San Marcos, el Sábado de Gloria, etc... dependiendo de las tradiciones del lugar) se realiza una bendición de los campos que sigue una liturgia bastante peculiar. Tras la misa en la pequeña ermita se introduce la cruz, sostenida por dos padrinos elegidos para la ocasión, en un barreño con agua (símbolo de regeneración, elemento primordial en la bendición) al no existir ninguna fuente natural en la aldea. El agua queda impregnada de la sustancia divina de la que la cruz es portadora y con ella, aperiéndola hacia los cuatro puntos cardinales, se bendicen los campos y sembrados. Con el agua restante los mozos del lugar, a modo de broma, se mojan unos a otros, reservando parte del agua santa a los enfermos que confían en el carácter curativo del preciado líquido. A unos pocos Km. de esta localidad y rodeado de almendros y olivos se encuentra el FENAZAR donde el cura párroco, Don José, bendecía campos y casas el Sábado de Gloria, con la esperanza de que con Cristo resuciten plantas y bienes. En este caso se utiliza la liturgia ordinaria recogida en el Bendicional de la Iglesia católica, el cual se ha ido adaptando a los nuevos tiempos. Resulta sintomático que en él, junto a la ancestral bendición de los campos, aparecen bendiciones referidas a aviones, rascacielos, etc. sin olvidar la bendición de los coches, la más pedida por los fieles del Fenazar según D. José. Por otra parte el ritual hoy día puede ser celebrado (presidido) por diáconos y laicos, derecho reservado, en la época del concilio de Elvira a obispos y presbíteros (según las disposiciones de las “Consti-

tuciones Apostolorum”). Dicha liturgia, teniendo en cuenta el carácter no rígido del rito por lo que se puede acomodar la celebración a las circunstancias del lugar y de las personas, es, de forma resumida, la siguiente:

Reunida la comunidad puede entonarse un canto adecuado, terminado el cual el ministro dice: “En el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo” (la fórmula más usada de bendición). Todos se santiguan y responden “Amén”, luego el ministro, si es sacerdote o diácono, saluda a los presentes diciendo: “Dios, que es admirable en sus obras, esté con todos vosotros”, u otras palabras adecuadas, sacadas preferentemente de las Sagradas Escrituras. Todos responden “y con tu Espíritu”. En cambio si el ministro es un laico, lo que no sucede muy a menudo, saluda a los presentes diciendo: “Bendigamos unánimes a Dios, que nos concede el rocío del cielo y la fertilidad de la tierra” y todos responden de nuevo: “Amén”. El ministro dispone a los presentes a recibir la bendición, con estas palabras u otras semejantes: “Bendigamos a Dios que con su omnipotencia creó la tierra y con su providencia la enriquece, y la dio a los hombres para que la cultivasen y de ella sacasen los frutos con que sustentar su vida. Al mismo tiempo que damos gracias a Dios por su generosidad, aprendamos, también, según las palabras del Evangelio, a buscar sobre todo el reino de Dios y su justicia ya que entonces todo lo que necesitamos se nos dará por añadidura”. Luego se da paso a la lectura, por un lector, uno de los presentes o por el mismo ministro de un texto de las sagradas Escrituras relacionado con el tema que nos ocupa (Ej. Gn 1, 1. 11-12. 29-31; Dt 32, 10-14; Mt. 6, 26-34; Mc. 4, 26-29).

Según las circunstancias, se puede cantar un salmo responsorial u otro canto adecuado (Ej. Sal. 103(104); 1-2ª; 114-15, etc...). El ministro exhorta a los presentes, explicándoles la lectura bíblica, para que perciban por la fe el significado de la celebración y si se cree necesario puede hacerse una plegaria común a la que sigue una oración de bendición como la que ilustra este artículo, con lo cual el ministro, si es sacerdote o diácono, concluye el rito diciendo:

*“Dios, fuente de todos los bienes,
os bendiga y dé fecundidad a vuestro trabajo
para que podáis alegraros de sus dones
y proclamar siempre sus alabanzas,
Amén”.*

Si es laico igual pero en primera per-

sona. Es aconsejable terminar el rito con un canto adecuado.

Este artículo quiere ser un homenaje a nuestros viejos agricultores verdaderos guardianes de nuestra cultura popular. Es nuestro deber recoger su legado para que nuestras costumbres y tradiciones no se vean inexorablemente condenadas al olvido. Por otra parte no estaría de más, cuando parece resurgir la “pertinaz” sequía y las vicisitudes del campo se multiplican, recuperar el rito de la bendición, mas dudo de que se pueda proteger a nuestros campesinos de las prescripciones de la C.E.E. y del Ministerio de Agricultura.

Miguel Ángel Casanova Guerrero
Licenciado en Hª Antigua y Arqueología
por la Universidad de Murcia